

esta no se acordaba de otra cosa. Sospechó el molinero que en esto había algún gran misterio, pero no obstante indujo á la desventurada jóven á que aceptase la hospitalidad que quería darla en su domicilio, esperando en que le volvería la memoria con el trascurso del tiempo y entonces podría dar algunos informes con relacion á su familia.

No bien hubo llegado la princesa á la mansion del molinero, que la había hecho montar en su asno, cuando la presentaron pan para que se alimentase y agua para que bebiese. Todo le pareció tan bueno que volvió á levantar los ojos al cielo para darle gracias, que también tributó á su protector, á quien preguntó qué haría para retribuir justamente los beneficios que se la hacían. El molinero, que no era hombre de proporciones, la dijo: "Por ahora lo que teneis que hacer es descansar, y despues ayudareis á mi muger y á mis hijas en sus faenas. Se os tratará en todo y por todo como si fuérais de la casa, porque no hay duda de que Dios es quien ha permitido que os presentáreis á mi vista, y que oculta en este encuentro alguno de sus maravillosos designios." Hablaba de este modo el molinero porque en aquellos tiempos los hombres eran sencillos de corazón y no consideraba extraordinarios los prodigios que suele operar el Señor para favorecer al hombre, que es hechura suya.

Ahí teneis pues á la hija de un rey trabajando en un molino con la muger y las hijas de un molinero. Cumplía con una estremada docilidad con todo lo que se la decía, aunque ni el molinero, ni su muger, ni sus hijas abusaban de la buena voluntad con que servía. Al observar los blancos y afilados dedos de la desventurada, presentian aquellas buenas gentes que no la había formado Dios para trabajos duros, y tenían cuidado de elegir para ella la menos molesta tarea; con mucho gusto la habrían alimentado aun sin emplearla en nada, pero además de que esto no les era posible, ella no lo habría consentido.

Un día que por casualidad le vinieron á las manos algunas hebritas de seda y un pedazo de tela de un tejido muy terso, tomólos como por instinto y púsose á bordar esquisitas figuras mezclando las sedas con un arte y un saber admirables, visto lo cual por las hijas del molinero, se quedaron enagenadas de sorpresa. No se mostraba menos asombrada que ellas la princesa, y lo único que dijo fué: "Tengo un vago recuerdo en la mente de haber hecho en otro tiempo cosas preciosas con plata y oro; paréceme que si tuviese á mano una porción cualquiera de esos valiosos materiales, bordaría objetos de gran precio con los cuales indemnizaría á los que me alojan y alimentan, pues se mandarían vender al poblado."

Refirieron las hijas del molinero este descubrimiento á sus padres

quienes, llenos de júbilo, procuraron desde luego proveer á la desconocida, que era tan fecunda en portentos, de todos los objetos que deseara. En breve no se habló en la ciudad sino de las obras maravillosas que se trabajaban en el molino; no había quien no quisiese á toda costa, conseguir algunos de los bordados de oro y plata que trabajaba la desconocida. Con esto se volvió rico, riquísimo el molinero; pero no era este todo el premio que Dios le reservaba.

## III.

## CONDUCE DIOS AL MOLINO A LA FALSA REINA Y AL CABALLERO VERMEJO.

Ya hemos dicho que el rey Pepino había tomado por esposa á la hija del caballero Vermejo, á la que creía hija del rey de Carniola; faltábanos saber que poco tiempo despues del enlace, murió este. Tan luego como se supo su fallecimiento, fingió recibir un agudo pesar la falsa reina, y representó con tanta naturalidad su papel, que si el rey Pepino hubiese abrigado sospechas, totalmente las habría destruido. Este rey había tenido de la hija del caballero Vermejo cuatro hijos, que se llamaban Leon, Vemermann, Rapath é Inés. Hacía cinco años que duraba este engañoso enlace cuando volvió Pepino á hacer la guerra á los bohemos, hunos y sajones, de cuyos ejércitos, que cada vez mas formidables aparecian, siempre triunfaba. Habiéndolos totalmente vencido, volvióse á descansar al castillo de la montaña de Ratisbona. Un día que se trasladó á Augsburgo con su familia, la falsa reina oyó hablar mucho, en aquella ciudad, de las portentosas obras maestras que se hacían en el molino, y espontáneamente manifestó fuertísimos deseos de conocer á la persona que las trabajaba, para mandarle que la hiciese algunos ricos bordados á su gusto. Hacía un hermosísimo tiempo, y propuso el rey que en lugar de hacer ir á la ciudad á la bordadora, se dirigiesen ellos á caballo, por vía de paseo, al molino, idea que fué muy del agrado de su esposa. Colocóse esta al lado del monarca, montando un lindísimo palafren, cuya cabeza adornaban hermosas plumas blancas, y que llevaba arrastrando por el suelo una mantilla de terciopelo, recamada de oro y brillante de innumerables piedras preciosas. El caballero Vermejo figuraba en esta cabalgata, y enagenábale de alegría su orgullo al contemplar á su hija que había llegado á ser la mas brillante reina de todas las reinas del mundo. Sin embargo, en despecho de aquel endurecimiento que es natural á todo hombre que se ha habituado al crimen, no pudo menos el caballero Vermejo que sentir cierto remordimiento al atravesar por el

Valle de los Molinos; dirigió involuntariamente sus ojos hácia su hija, que no estaba menos atormentada que él y que ya comenzaba á echarse en cara el deseo que habia manifestado de conocer á la bordadora del molino. Llegaron no obstante á su destino; apeóse el monarca, y dirigiéndose hácia la reina, la presentó la mano para ayudarla á bajar de su palafren. El molinero, su muger y sus hijas se quedaron como deslumbrados al percibir el brillante séquito que se detenía á la inmediación del molino, y desde luego atribuyeron tan estraña visita á la desconocida á quien habian dado asilo en su morada, pues el molinero continuamente repetía: “el destino de esa docella habrá de revelarse algun dia; ya lo vereis: Dios es quien nos la ha enviado para su felicidad y la nuestra.”

La desconocida fué la única de los moradores del molino que no se hubiese precipitado á la puerta; y como si alguna voz secreta le hubiese dicho que en toda aquella pompa régia nada habia de estraño ni de nuevo para ella, continuó trabajando en su bordado de igual modo que si no estuviese ocurriendo un suceso singular afuera.

Entre tanto el rey, dirigiéndose al molinero, le dijo: “¿Dónde está esa hada del molino que sabe hacer tan admirables cosas? Aquí está la reina que desea conocerla y mandarle hacer algunas obras que con liberalidad le serán pagadas. ¿Es acaso alguna de esas tres doncellas?” El molinero, habiéndose recobrado por la manera cariñosa con que le hablaba el rey, contestó: “Esas tres niñas son mis hijas, y la buena muger que allí veis es mi consorte; ninguna de ellas seria capaz de trabajar las hermosas obras que deseais; lo único que pudieran hacer es, preparar para presentárosla, una pasta de harina bien levantada y bien cocida si tenéis hambre, y obsequiaros con una poca de leche estraída con sus propias manos si tenéis sed.” El rey hizo seña, sonriendo, que no desdeñaba la ofrenda, y el molinero prosiguió hablando de este modo: “En cuanto á la doncella á quien llamais nuestra hada, y cuyo aspecto os será tanto mas grato cuanto que tiene, si no me engaño, mucha semejanza con la reina, y al decir esto miraba el molinero á hurtadillas á la esposa del rey, se ha quedado allá adentro entretenida en sus tareas.”

“La veremos y juzgaremos de esa semejanza que decis,” contestó el rey tomando de la mano á la reina y conduciéndola á la morada del molinero. Levantóse entonces la bordadora, y con un donaire que nada tenia de afectado saludó á los dos personajes que entraban. Repentinamente operóse una estraña revolucion en su ánimo y en su semblante, y al aspecto del rey y de la persona que con él iba arrojó un grito y cayó sobre su asiento; cualquiera habria dicho que despertaba sobresaltada de un sueño horrible que tuviera. Para ocultar su turbación intentó fijar su

atención en su tela y sus agujas de bordar. La falsa reina se sentía no menos trastornada que ella, no porque su imaginación se prestase á creer en lo que habria denominado la resurrección de la princesa de Carniola, sino porque antes de todo le parecía que bajo aquel humilde techo existía un misterio, en el cual le hacían sentir sus remordimientos, que ella misma estaba complicada; no estaba menos preocupado el rey Pepino. La semejanza de la bordadora con el retrato que en otro tiempo tuvo á la vista, era mayor que la de la reina; pintósele en la imaginación con todo su garbo y magestad, á pesar de que desde su casamiento se habia tenido el cuidado de hacerlo desaparecer por temor de que teniendo el rey un punto de comparación incesantemente á la vista, llegase al fin á penetrar el odioso arcano de su matrimonio. Es cierto que la hija del caballero Vermejo presentaba todos los rasgos de la pintura que le sedujera, y que tenían la misma perfección todas sus partes; pero faltaba á su conjunto el donaire y la dignidad del original verdadero, y las facciones de la supuesta reina tenían además no sé qué aspecto de dureza que siempre habia parecido al rey que no correspondía con la grata amabilidad que el retrato espresaba. Entre la imagen y la bordadora del molino era, por el contrario, tan absolutamente perfecta la semejanza, que no podía menos el rey de sorprenderse aun cuando ni la mas leve sospecha abrigase; aun sucedió que en el primer impulso exclamase: “Ahí tenéis á la verdadera reina del retrato.” Aunque el rey hubiese profirido estas palabras, por decirlo así, á pesar suyo y sin intención alguna de ofender á la falsa reina, hízola estremecer violentamente su conciencia, y dominada por uno de aquellos vértigos con que agobia Dios el ánimo de los criminales mas empedernidos, á fin de que se acusen por sí mismos, exclamó volviéndose á la puerta: “¡Padre mio, padre mio, huid! aquí está ella.”

—¿Qué demonio se apodera de vos? “interrumpió Pepino asombrado de esta exclamación. ¿Acaso no ha muerto vuestro padre el rey de Carniola?”

—¡Mi padre ha muerto! ¿qué decis?” exclamó á su vez la bordadora reproduciendo en su memoria lo pasado la voz de la naturaleza. “¡Ay padre mio, pobre padre mio! ¡si supiéseis á cuantos males se me ha espuesto!”

El caballero Vermejo acababa de salvar el umbral de la puerta atraído por el rumor que oyera; una sola mirada que dirigió en derredor de sí bastó para que comprendiese el misterio que contenía la habitación del molinero, é inmediatamente procuró destruir las impresiones que pudiera haber hecho este suceso en el ánimo del monarca. “Esa pobre

muchacha," dijo, " está positivamente loca y sometida á la influencia de los demonios; debemos temer los efectos de sus miradas sobre la reina; salgamos de aquí, señor, os lo suplico, y volvámonos á Augsburgo; yo me encargo de buscar quien cuide de esa infortunada, y de solicitar un sacerdote que la conjure."

—" Ya empiezo á creer," contestó el rey, " que la reina y yo tenemos tanta necesidad como ella de exorcismos; porque ella y yo nos hemos sentido dominados por sentimientos bastante estraños." Al decir el rey estas palabras arrojó sobre su mayordomo una mirada penetrante, á pesar de que todavía no podia esplicarse el misterio que procuraba descubrir en los semblantes de los concurrentes.

La desconocida del molino, bajando de nuevo los ojos, habia procurado distraerse con su tarea; echábase en cara á sus solas la involuntaria exclamacion en que prorumpiera, pues temia mucho menos el resentimiento de la falsa reina y del caballero Vermejo, que los disturbios que por su causa podrian suscitarse en el imperio; sin embargo, érale imposible contener las lágrimas que le hacia derramar la muerte de un padre, que tan intempestivamente supiera.

El rey, viéndola llorar, la dijo: " Consolaos; sea cual fuere el origen de vuestros pesares, ningun perjuicio se os seguirá; yo os tomo bajo mi amparo, y desgraciado del que os toque un solo cabello." Despues, volviéndose al mayordomo y á los individuos de su séquito, dijoles: " Nadie se quede aquí; seguidme todos; ¡ así lo mando!"

Fuéronse, pues, todos en pos del rey Pepino, que fué meditando por todo el camino en esta aventura y que resolvió descubrir el misterio á toda costa, si es que misterio habia.

## IV.

## LA HIJA DEL REY DE CARNIOLA ES RECONOCIDA POR PEPINO.

Cuando ya no se vió rodeada la hija del rey de Carniola, sino del molinero y su familia, abandonóse á su pesar, y refirió con lastimera sencillez, cómo habia recobrado la memoria al presentársele personajes que Dios sin duda alguna habia encaminado al molino; cómo se habia acordado entonces de su infancia régia y de la grandeza que entonces la rodeara, del retrato que enviara el rey Pepino á su padre, y del enlace convenido de ella con el referido monarca; en fin, del encuentro que tuvo en el Valle de los Molinos con la hija del caballero Vermejo, y del crimen que cometiera este miserable. Lo que ignoraba la doncella era por qué milagroso medio habia logrado libertarse de los puñales de los dos asesinos á

quienes la habia abandonado el caballero Vermejo, despues de haberles dado adelantado la mitad del precio de su atentado. La molinera y sus tres hijas, á pesar del espectáculo que habian presenciado, y sobre todo, no obstante el acento lleno de veracidad con que la desconocida les hablara, tuvieron fuerte tentacion de sospechar que tenia trastornado el juicio; pero el molinero abrigaba ideas muy diversas; persistia en creer que por obra de Dios existia aquella á quien habia recogido, y á quien era deudor de su fortuna.

—" ¡ Ay, Dios mio! ¡ qué niña tan desventurada!" decíanse unos á otros madre é hijas." ¿ Pues no ha dado ahora en la idea de que es reina?

—" ¿ Y por qué no lo habrá de ser?" contestó el marido; Dios, que todo lo puede, ha hecho maravillas todavía mayores."

Y la infortunada princesa, humillada al oír estas observaciones que delante de ella se hacian, inclinaba su frente con angustia y contestaba:

—" No está mi desgracia en que dudeis, sino lo cierto que es mi relato. ¡ Pluguiese al cielo que el secreto de mis infortunios quedase sepultado bajo este humilde techo! pues en cuanto á mí siempre me he considerado dichosa estando á vuestro lado, y mis pesares no los debo sino á la luz fatal que ha venido de improviso á iluminar mi mente.

Esto decia cuando tocaron con fuerza la puerta. " ¿ Quién es?" preguntó el molinero sorprendido de que con tal violencia tocasen. " Yo soy, el rey, abrid;" contestó una voz por de fuera. " ¿ Qué otra cosa irá á suceder?" preguntáronse todos los de la casa unos á otros y en particular la princesa de Carniola. Abrieron la puerta, y entró el rey arrastrando por los cabellos á un hombre, y diciendo al paso que esto hacia: " No os asustéis; queriendo trasladarme aquí en secreto, hice que me acompañase el único mayordomo que tengo; pero este traidor, á quien no he hecho mas que colmar toda mi vida de beneficios, intentó descargarme por detras un golpe de muerte apenas hubimos llegado al extremo del valle. Pero tenia que habérselas, gracias á Dios, con el rey Pepino, y de un reves le tendí á mis piés con mas facilidad todavía que cuando eché por tierra en otro tiempo, de una puñada, al toro bravío. Habria podido acabar con ese miserable, pero me ha parecido que podria descubrir aquí la causa de su crimen, y tal vez la de muchos otros, y en el estado en que le veis le he traído arrastrando por los cabellos hasta el molino."

El caballero Vermejo, no teniendo ya esperanza sino en el cielo, confesó desde luego todos sus crímenes y pidió la vida al rey en nombre de sus propios hijos, de quienes resultaba ser abuelo, y prometiéndole que se encerraria en un convento para hacer en él penitencia.

El rey Pepino, que era generoso como lo son todos los príncipes fuertes y que tienen confianza en sí propios, consintió en dejarle vivir bajo el peso de su vergüenza y sus remordimientos, y se limitó á hacerle condenar el dia siguiente, sin que la falsa reina lo supiese, á un claustro muy distante, donde debia permanecer encarcelado hasta su muerte. En seguida, volviéndose á la hija del rey de Carniola, cuyo infortunio lamentó derramando copiosas lágrimas, la dijo que tuviese confianza en Dios y lo esperase todo de un porvenir nada remoto; despues recomendóla al molinero y su familia, á quienes premió liberalmente, así por el cuidado que habian tenido, como por el que continuarían teniendo con ella.

---

## DIA DE LA ASCENSION.

---

No se separó Jesucristo de sus apóstoles inmediatamente despues de su resurreccion, porque á pesar de que habia vivido con ellos mucho tiempo, no estaban todavía muy firmes en su fé, y estos pobres pescadores, que debian difundir las luces por el orbe, tenían suma necesidad de que se les robusteciese y consolase. Aparecióseles el Señor varias veces á fin de repetirles sus divinas lecciones, como un buen padre que, al ir á emprender un dilatado viage, recordase á sus hijos los piadosos consejos que su amor le inspira.

Un dia, sin embargo, condújoles Jesus al monte de los Olivos, aquel en que padeciera su agonía el dia anterior al de su muerte, y despues de haberles distribuido la comida, les dijo: “Amados míos, vuestra palabra es la que debe dar á conocer la verdad al mundo, supuesto que vosotros habeis sido los testigos de mis padecimientos y resurreccion. Ireis, pues, á predicar el Evangelio á toda la tierra; pero no os separeis desde luego; mas permaneced en Jerusalem hasta que yo os haya enviado mi santo espíritu.”

Entonces estendió sobre ellos sus manos para bendecirles, y desapareció.

Los apóstoles, sobrecogidos de asombro, viéronle ascender mientras pudieron, y todavía procuraban percibirle cuando se les aparecieron dos varones vestidos de blanco, que les dijeron: “Hombres de Galilea, ¿qué estais mirando al cielo? este Jesus que á vuestra vista ha subido á las alturas así vendrá como lo habeis visto ir al cielo.”

Estos dos varones, queridos niños, eran ángeles que Dios les enviaba para que les predijesen la venida de Jesucristo al fin de los siglos.

*Ascension* se deriva de una voz latina que significa *subir*. La festividad de la Ascension tiene por objeto traernos á la memoria el último milagro que hizo el Salvador cuando *subió* con gloria á los cielos. Se celebra en juéves, porque un juéves fué cuando se separó de sus discípulos amados, cuarenta dias despues de su resurreccion.

Por nosotros fué, queridos niños, por quienes abandonó Jesucristo su gloria celestial. Por nosotros sufrió la ignominia, los padecimientos y la muerte. Por amor de nosotros resucitó tambien de entre los muertos y fué á abrirnos las puertas de ese cielo que sin él jamas habriamos conocido. La festividad de la Ascension es una festividad de amor, de gratitud y de alegría; con razon, pues, canta la Iglesia entregada á un religioso arrobamiento estas hermosas palabras:

Habeis consumado vuestra obra,  
 ¡ Oh Cristo, vencedor de la muerte !  
 Y la gloria eterna de que os separárais  
 Vuelve á solicitaros en el cielo.

---

## LA FUNCION DE CAZA.

---

—PADRE, padre, venid á ver; allá en el extremo de la aldea, hay muchos, muchos señores muy bien puestos, llenos de galones, y tambien perros, y tambien caballos, ¡ qué ruido hacen ! ¡ qué bonito ! venid, ¡ oh ! venid á ver.

—¿ Y porque hacen ruido quieres que me moleste, Periquillo ? precisamente por el ruido que hacen no he de moverme ; á mi edad gusta uno del sosiego ; si es algun gran señor que se divierte en cazar, dejémosle que cace. No nos mezclemos en los pasatiempos de los grandes ; son muy diversos de los nuestros y nos hacen ver demasiado á las claras el tamaño de nuestra miseria.

—¡ Qué lástima ! ¡ es una caza tan bonita ! sin duda toma parte en ella la delfina.

—¡ Mi señora la delfina ! ¿ estás cierto de lo que dices ?